

CACHORRO DE LEÓN
-CASI TODO SOBRE MI PADRE-
de Conchi León

Compañía Sa'as Tun

Todos los derechos reservados. México, 2016.

“Que tu corazón se enderece; aquí nadie vivirá para siempre.”

-Nezahualcoyótl.

Regresé a Mérida porque me dijeron que le había dado un infarto a mi padre; un tal Mauricio León Rosas. Mi hermana me lo dijo y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto pudiera.

-Ven pronto, los doctores le dan una semana de vida, su corazón ya no tiene compostura y él pide verte para despedirse.

Yo estaba actuando una obra en la ciudad de México “Bajo Tierra” de David Olguín. Soy de esas teatreras antiguas y pensé: “La función tiene que continuar”. No puedo regresar. No voy a regresar ahora. Nunca he abandonado el teatro. No voy a hacerlo ahora por el viejo. Ella insistió: “No quiere ver a nadie, sólo pide hablar contigo”.

¡Pero yo no quiero hablar con él! Colgué el teléfono y una parvada de recuerdos se instalaron en mis ojos. Como no podía regresar en ese momento, empecé a escribir esta historia.

Escribir también es una forma de poner al sol las heridas que están dentro y envenenan la sangre. Intenté escribir su nombre sin sentir odio: Mauricio León Rosas. Llevábamos ocho años sin vernos ni hablarnos, la última vez que nos vimos me pedía un espacio en mi casa para quedarse a vivir. Había perdido la casa familiar. Mis hermanas me advirtieron que si lo aceptaba, tenía que ser con todo y su amante, razón por la que ellas no lo aceptaron.

Cuando el viejo vino a pedirme posada le dije que no podía quedarse en

mi casa; mi madre nunca me hubiera perdonado esa traición... y mi madre es cosa aparte.

Él se enojó y me mentó la madre... ¡Y mi madre es cosa aparte! Entonces yo le devolví la mentada; -más por reflejo que por insultar a mi abuela muerta-, él remató con un: ¡Pues me largo! y yo con un: ¡Pues muérete! Más por tener la última palabra que por desear en serio su muerte. Pero el universo no entiende de bromas... en ese momento yo estaba representando a la muerte Catrina y él se moría por una falla en el corazón. El viejo siempre tuvo problemas con el corazón. Digamos que tuvo un corazón muy amplio para sus amantes: la Negra, la Mapi, la Martha, la mujer esa, la Ligia, la Margarita, la María Martina la Docia, la chaparra, la desgraciada, la perra maldita...

Apodos que supe por mi madre, que siempre supo que mi padre daba cabida a esas mujeres en su ancho y promiscuo corazón. Es chistoso porque a mi madre y a sus hijas siempre nos regateó el afecto. Pero el viejo estaba muy orgulloso de sus conquistas. Solía contarme la vez que me llevó a conocer a la negra y yo me negué a darle un beso en su mejilla *cacariza*. No es que no me gusten los negros: no soy racista. No me gustan los *cacarizos*, ni los payasos.

La negra, que no era negra, si no morena, pero mamá exageraba todo con respecto a las amantes de mi padre. La negra me regaló unas galletas y yo... acepté darle el beso en su mejilla *cacariza*.

Esa misma noche el viejo se lo contó a mamá, aún recuerdo su mirada

de odio por mi traición... ¡yo tenía cuatro años y acepté las galletas de la negra, más por estupidez que por hambre!

Me lavé la boca muchas veces... pero a mi mamá le pareció que yo era una traidora y salió al patio a llorar un rato. Y mi madre y sus lágrimas... eso sí es cosa aparte.

A mi padre siempre le gustó darle golpes bajos a mi mamá... bueno... golpes bajos, golpes certeros en la cara, en el vientre, ganchos al hígado, *knock-outs*, patadas...

Un recuerdo que tengo clarísimo de mi padre: Noquea a mi mamá de un golpe, la toma por sus largos cabellos negros y la arrastra: exactamente como los cavernícolas: yo tenía cuatro años y pensaba: ¡Esto es como los picapiedra! Bueno, la arrastra hasta ponerla debajo de su camioneta; la panza de mi mamá, estirada al máximo por sus ocho meses de embarazo, roza el chasis de la camioneta, lo veo arrancar la camioneta, mis hermanas gritan, mi hermana Esperanza se abalanza sobre él, lo golpea en la cabeza, alguien me levanta en brazos, a lo lejos las sirenas de la policía y la ambulancia se unen en un dueto histérico. Silencio. Anochece.

Mis hermanas se cansan de llorar y se quedan dormidas. A mi no me deja dormir el silencio. Aún ahora duermo con la televisión encendida. O la luz encendida. O la radio encendida.

Aún ahora duermo así, por aquella noche en la que tengo cinco años y está el silencio. Mi mamá no está. La noche es oscura, nadie me dice

donde están mi padres, ni mi hermana Esperanza. La noche sin Esperanza puede ser devastadora, sobre todo si tienes cuatro años y extrañas a tu mamá.

Amanece.

Mi padre regresa muy feliz en su camioneta, maneja con una mano, en la otra trae un bulto pequeño envuelto en un pañal blanco.

¿Y mamá? En su lugar está mi hermano, el único hijo varón de esta familia, mi padre está feliz, hinchado como pavo real; al fin tiene un hijo varón. Ya no podrán decirle que es un “chancletero”.

El intruso del pañal es blanco, bueno: rosadito, huele lindísimo... el pendejo, tiene el cabello rizado de mamá.

¿Y mamá? ¿Y Esperanza? Mis hermanas atienden al intruso, éste reacciona poco, el viejo lo observa.

Para su desgracia, Vicente de Jesús León Mora, que es como se llama mi hermano menor, nace con discapacidad: al parecer, las horas previas a su nacimiento y la forma en que mi padre lo preparó para venir al mundo, causaron daños irreversibles en su cerebro. Razón por la que el viejo nunca más volvió a tener interés en Vicente, salvo algunas veces que sirvió de pretexto para iniciar un pleito con mamá:

-Vives bajo la falda de tu mamá, ven conmigo.

-No, no quiero que le enseñes a ser borracho y mujeriego.

-¿Y tu que le vas a enseñar? ¡A ser puto!

-Mejor puto que borracho...

En mi casa siempre estuvimos a favor de la diversidad sexual, aunque en la familia no hay un solo homosexual... ¡Hasta donde sabe mi mamá! ¡Mejor puto que borracho!

Y los trastes empezaban a volar, la comida al piso, la limonada al patio... en mi casa las cosas siempre acababan en lugares opuestos, sobre todo si el viejo llegaba ebrio: las veladoras y los santos en cualquier lugar, incluso en la cabeza de mamá o alguna de nosotras. Aunque hay que decir que a nosotras nunca nos golpeó. Siempre iba por mamá... y de alguna manera, cuando soltaba su puño sobre mamá, éste hacía un eco muy fuerte adentro de nosotras.

¿Les dije que el viejo llegó manejando la camioneta con una mano?

Es que el viejo era chofer foráneo; eso me dijo una vez que me preguntaron en la escuela a que se dedicaba mi padre. Yo recuerdo que manejaba un tráiler. Lo recuerdo así:

(Muestra una fotografía de Pedro Infante en "A toda máquina")

Esa es una moto, no es un tráiler y ese no es mi padre, es Pedro Infante, pero yo los veía igualitos... bueno, además mi padre también iba a las cantinas como Pedro Infante y era mujeriego... era encantador... Vi todas sus películas junto a mi padre, los domingos, por el canal de las estrellas... me sé todas sus canciones porque las oíamos rumbo a cualquier lugar mientras el viejo conducía. No pretenderán que cante, lo digo más por respeto a sus oídos que por negarme a hacerlo... ¡Pero si insisten!

*“Pasaste a mi lado, con gran indiferencia,
tus ojos ni quisiera voltearon hacia mí
te vi sin que me vieras, te hablé sin que me oyeras
y toda mi amargura se ahogó dentro de mí.
Me duele hasta la vida, saber que me olvidaste,
pensar que ni desprecios, merezca yo de ti.
Y sin embargo sigues unida a mi existencia
y si vivo cien años, cien años pienso en ti”.*

Los amigos del viejo también eran choferes, un montón de hombres peludos de los cuales solo conocí sus apodos: “El Monstruo”, un tipo que violó a su hija y murió en la cárcel: los reos aplicaron el ojo por ojo y lo violaron con un palo. Murió desangrado en el baño. Años después fui a montar una obra de teatro en la cárcel, varios de mis alumnos estaban presos por violación... pensé en “el monstruo” y la ley del ojo por ojo... pero los custodios me explicaron que esa ley ya no se aplica: “La pinche comisión de derechos humanos ya no permite hacer muchas cosas. Antes si les podías poner en toda la madre a los presos”.

Mi padre también estuvo preso. Mi mamá lo puso en la cárcel. Al parecer el viejo comenzó a golpear a mis hermanas, sobre todo cuando ellas se metían a defender a mamá porque la estaba ahorcando o le

había puesto un cuchillo en la garganta, no le daba un peso para nosotras y ella trabajaba mucho, total, que ella lo metió a la cárcel.

Vino el jefe del viejo a verla:

-Cenobia, sácalo de la cárcel por favor, tenemos trabajo y la empresa está perdiendo dinero.

-Pues no lo saco.

-Cenobia, no ves que si no trabaja no te da dinero para tus pobres hijas.

-¡No me da dinero, si yo no trabajo mis hijas no comen!

-¿Cómo puedes ser tan mala? Dale el perdón.

-No se lo doy.

-Eres una desgraciada, voy a llamar a mis abogados y lo vamos a sacar de la cárcel y a ti te vamos a refundir, te vamos a quitar a tus hijos.

Mi mamá se asustó, en el juzgado le pusieron un abogado para que la defendiera, estaba decidida a no dar el perdón al viejo. Llegaron mi abuela y mi tío, pedían que mamá le diera el perdón al viejo, que se lo iban a llevar con ellos para que dejara de tomar, pero que por favor ya lo sacara porque lo iban a pasar a la grande. Mamá dijo que no.

Pasaron al viejo a la grande y un día que mi abuela estaba de visita en la cárcel, los reos armaron un motín y mi abuela se quedó atrapado muchos días en la cárcel. Habló mi tía y le dijo a mi mamá que por sus pendejadas ya estaba encerrada mi abuela en la cárcel, bueno... ¡Se armó un problema grande! Todos decían que era mejor sacar al viejo,

mamá sentía que todo se volvió peor por su culpa... ya no pudo más, le otorgó el perdón y el viejo salió a seguir jodiendo.

Mi madre perdona todo. Mi madre es una tonta perdonadora. Yo no. Yo soy cosa aparte. En todos estos años yo recordaba cada golpe, cada noche oscura, cada aborto de mi mamá por los golpes, conservaba una jauría de recuerdos para nunca perdonar al viejo.

Recuerdo a otro amigo de mi padre: “El picapiedra”, un grandote que siempre estaba haciendo pesas, usaba de esas playeras *sport* para que se le notaran los brazos fuertes, un tipo obsesionado con el ejercicio y con mostrar los resultados que éste tenía en su cuerpo. Un día fueron a descargar piedras a una vulcanizadora; “el picapiedra” le propuso un reto al viejo: cargar piedras muy pesadas y lanzarlas a la máquina pulverizadora. El viejo era algo huevón y su dignidad de chofer no le permitía algo así: “Yo soy chofer, no cargador” y se fue a la sombra a beber su sagrada Coca-Cola. “El picapiedra”, más por apantallar al viejo que por otra cosa, cargó enormes piedras en cada brazo y las fue tirando en la máquina; pero una piedra pudo más que sus fuerzas, le jaló el brazo adentro de la máquina y se lo fue pulverizando como una piedra más, lo jalaba hacia adentro, las astillas de las piedras se iban incrustando en su rostro, alcanzaron a reventarle un ojo antes de que alguien apagara la máquina. Años después “el picapiedra” volvió a manejar su tráiler, con todo y playera *sport*, manejaba con una sola mano... si lo veías del lado derecho veías a un hombre guapo y fuerte, pero del lado izquierdo veías a un monstruo sin brazo, con el rostro

carcomido y el ojo vacío. Yo nunca lo vi, pero mi padre siempre contaba las cosas de manera muy ilustrativa.

Antes no ponían tantos peros a las licencias de manejo. Mi padre es completamente sordo de un oído y con pagar discreta cantidad siempre obtenía la licencia. Yo para sacar la licencia de manejo, tuve que pasar una prueba súper difícil y horrorosa: Estacionarme en reversa. Aprobé de milagro... y pagando discreta cantidad. Aún ahora necesito mucho espacio para estacionarme, es común que los automovilistas me griten: ¡Pendeja, si no traes un trailer!

Supongo que manejar con una mano no es tan difícil; el viejo lo hizo varias veces: la vez que nació Vicente y la primera vez que le dio un infarto... se puso la mano en el pecho y siguió manejando el tráiler hasta la puerta de la casa. Se estacionó y dejó caer la cabeza al volante, el sonido del claxon nos hizo salir corriendo y de nuevo la ambulancia. Yo creo que en mi familia, fácilmente hubiéramos alcanzado tarjeta de clientes frecuentes con la cruz roja.

Total que mi padre tenía amigos que manejaban con un brazo y otro amigo que sin brazos: tenía un vehículo especial, lo que no tenía era brazos: dos muñones a la altura de los hombros le habían ganado el apodo de: “el pulpo”. Cuando niño, su mamá lo mandó por su papá a la cantina, el papá salió muy enojado y muy ebrio, se subió a la bicicleta, “el pulpo”, que en ese momento aún no tenía ese apodo y que a partir de ese suceso lo iba a tener, se subió a los diablos de la bicicleta, su papá